

## CAPÍTULO XII

### EL BRASIL.

Vicente Pinzon primero, y después Alvarez Cabral, descubrieron el Brasil, país fértil y poblado, pero sin organización civil. Los primeros habitantes con quienes tuvieron que habérselas los europeos, no manifestaron la admiración y el miedo que los otros indios. Salían á su encuentro y encendían el cigarro; cuando se les enseñó el oro y la plata, indicaron que se encontraba debajo de la tierra; cuando vieron un loro dieron á entender que no les era desconocido este animal; no les llamó la atención la vista de un carnero, pero se asustaron al ver una gallina: miraban con repugnancia nuestros manjares, incluso el vino, y se enjugaban la boca después de haberlo probado. Cuando se hallaban cansados se echaban á dormir, sin más cuidado que el de no estropear sus plumas, único adorno que cubría su descuidada desnudez (1). Cabral se opuso á toda violencia, y mantuvo relaciones pacíficas con los naturales, que vieron celebrar la misa, oyeron el sonido de los instrumentos, cambiaron algunos presentes y besaron la cruz de las armas de Portugal, que plantada en su territorio, era el símbolo de una conquista no disputada. El comandante de la expedición creyó que esta tierra era una isla (2), y dejó en ella dos condenados; mal medio por cierto de hacer amable la civilización europea. Al tiempo de partir oyó los lamentos de estos dos hombres, y al mismo

(1) Tomamos estos detalles de una relación de este descubrimiento dirigida al rey por Pedro Vas de Caminab, que era uno de los navegantes, cuya relación ha sido sacada recientemente de la *Torre do Tombo*, de Lisboa, por Manuel Ayers de Casal.

(2) «Beso las manos á vuestra alteza real desde este puerto muy seguro de vuestra isla de Vera-Cruz.» Carta existente en los archivos navales de Rio Janeiro.

tiempo la voz de los naturales que los consolaban y compadecían (3).

Las nuevas expediciones que se dirigieron á este país fueron poco provechosas, de lo cual resultó que quedó descuidado. Creyendo Américo Vespucio que era esta la antesala del paraíso terrenal, persuadió á España á que enviase allí buques, como así lo hizo en efecto, sin que Portugal le opusiese sus pretensiones, porque estaban todavía mal deslindados los derechos de los dos países, en razón á que la línea tirada sobre uno de los hemisferios del globo, no podía servir de regla para el otro. Mientras tanto los especuladores que iban á buscar palo de tinte hicieron conocer el país por su utilidad, y se establecieron allí sin que Portugal lo ocupase en otra cosa que en servir de presidio á los malhechores.

El Brasil se extiende á lo largo del Atlántico en su parte más oriental, sobre un espacio de noventa leguas, es decir, dos quintas partes de la América del Sur. Los campos de Para que forman el centro, son unas llanuras arenosas en medio de las cuales se elevan altas montañas, de las que bajan abundantes aguas al mar, al Maraion y al Plata, cuyo curso traza sus límites. Hay que aumentar á éstos el Paraguay y otros muchos ríos, los más considerables que existen en el mundo, y que divididos en canales ofrecerán un paso fácil al corazón del Perú, cuando la industria haya demostrado allí el poder del hombre sobre la naturaleza. Aun cuando este país está situado en la zona tórrida, el calor es muy templado y prosperan en él todas las producciones europeas. En el inmenso bosque del centro están los árboles entrelazados por medio de enredaderas y bejucos las flores son

(3) RAMUSIO.

enormes y los frutos magníficos; se cria allí el mirto de corteza argentada; el coco, más elevado que en la India, y tiene gusto muy exquisito; los helechos son tan grandes como árboles, y coronan las alturas; el palo de hierro sirve para los trabajos sólidos; del bellissimo caobo, oloroso por sus flores y su goma, penden á millares los frutos semejantes á piedras preciosas, y el banano da con poco cuidado grato alimento. El palo brasil dió nombre al país que antes se había llamado Vera-Cruz; las fieras y los reptiles abundan también, la caza y la pesca y toda clase de aves desde la del paraíso y el mosca y la arara hasta el avestruz y el buitre. Nada es comparable con la magnificencia de las mariposas, y ciertos gusanos de luz despiden tanto brillo, que es suficiente para leer en la oscuridad. Cuando se descubrió este país, se hallaron tantas conchas, que bastaron para suministrar la cal á todo él, de donde se deduce que los habitantes no habían tenido hasta entonces más comida que mariscos.

La raza era de un color moreno oscuro que tiraba á rojo, y los pueblos situados entre el río de las Amazonas eran de un carácter feroz. Los primeros habitantes de la costa media, que se comían sus muertos y vivían de la caza, estaban divididos en setenta y seis tribus que hablaban un centenar de lenguas (4); sus instituciones eran tan groseras como su religión. Fueron espulsados por los tupis, población agrícola dividida en diez y seis naciones, entre las cuales prevalecían los tupinambas, menos morenos que los otros, con poca barba, alta estatura y de gran vigor. Se pintaban el cuerpo de negro y amarillo, se horadaban los labios, y engarzaban en ellos huesos y piedras; sus adornos habituales consistían en plumas y conchas, algunas veces se frotaban también el cuerpo con una sustancia pegajosa, y después se revolcaban entre plumas.

No se encuentra ningún monumento entre ellos, ni más edificios que chozas miserables. Creían que Paye-Tomé, legislador vestido de blanco, con un bastón en la mano, se había aparecido á sus abuelos para enseñarles á construir casas y á cultivar el manioc; pero no había entre ellos rastro alguno de culto (5), aunque reconociesen la existencia de los genios malignos, con los cuales hablaban los payeos ó caribes, magos, consejeros, predicadores, adivinos y médicos. Si se ha de creer á Américo

(4) Esto es lo que dice Vasconcellos, buen observador. Las noticias más preciosas acerca de los primeros habitantes del Brasil, se encuentran en el *Roteiro*, manuscrito de la Biblioteca nacional de París atribuido á Francisco de Acuña.

(5) Pigafetta lo afirma así con Vasconcellos (Noticias curiosas, libro II, núm. 12) *os indos do Brasil de tempos immemoráveis á esta parte nao adoraõ espressamente deos algum; nem templo, nem sacerdote, nem sacrificio, nem fé, nem ley alguma*. Sin embargo, otros autores han asegurado lo contrario.

Vespucio, los brasileños le hicieron con unas piedrecitas el cálculo de sus años. Se rigen por las costumbres bajo la dirección de los ancianos; viven entre sí en buena inteligencia, y son enemigos de todo extranjero. Comíanse los prisioneros de guerra después de concederles fiestas, comidas y mujeres.

El Brasil está además habitado por otras razas que se distinguen por su diversa lengua; entre otras, los guaitacazos, los más intrépidos de todos, que nunca han podido ser domados, y que emigraron poco á poco del Atlántico hasta el río de las Amazonas.

Después de Méjico y el Perú, el Brasil fué el que produjo más metales preciosos además del hierro; pero como el oro no se encontró allí tan pronto como en otras partes, ni en la proximidad de las costas, fué necesario pedir riquezas al suelo, conquistarlo palmo á palmo, y resistir á unos bárbaros sin industria ni civilización; así que los anales de esta conquista no son notables por hechos grandes, pero al menos no fueron manchados con los mismos actos de ferocidad.

Los portugueses, siguiendo el sistema que habían observado en la Madera y las Azores, dividieron el país en capitánías que enfeudaron en la nobleza de la corte. Se asignaron á cada concesión cuarenta ó cincuenta leguas de longitud en la costa, sin limitar la profundidad en el interior, con una jurisdicción civil y criminal muy amplia, y la facultad de crear sub-infeudaciones, no reservándose el rey más que el derecho de volverlas á poseer en caso de muerte, el de acuñar moneda y percibir el diezmo. Dos hermanos Souza, fueron los primeros que obtuvieron concesiones de este género; Alfonso se estableció en la isla de San Vicente, y Lope en la de San Amar y de Tamarica; pero este último estuvo en lucha continua con los habitantes, y en ella perdió la vida. Otros portugueses solicitaron capitánías en el país, adonde fueron multitud de personas, particularmente judíos y gentes deseosas de sustraerse á la inquisición. Sirvió el Maraion de límite al Brasil, se formó una capitánía de los países situados á la derecha de este *mar de agua dulce*, para el historiador Juan de Barros. De este modo, un pequeño rey de Europa daba á un escritor un territorio doble ó triple del que él mismo dominaba. Pero habiéndose embarcado los hijos de Barros con una partida de aventureros para ir á tomar posesión de su soberanía, naufragaron y volvieron pobres á Europa, donde su padre continuó ejerciendo el oficio poco lucrativo de historiador.

Los ataques de los salvajes, las violencias de los europeos, las mútuas rivalidades de los capitanes, semejantes á príncipes independientes, y algunas aventuras románticas, llenan los primeros años de la ocupación del Brasil, durante los cuales no parece que conoció su importancia Portugal. Merece particular mención entre estos aventureros el portugués Diego Alvarez. Arrojado en un naufragio



al norte de Bahía, vió morir ahogados á muchos de sus compañeros, y á otros devorados por los salvajes, en cuyas manos cayó él mismo, y comprendió que no le quedaba otro medio de salvación que hacer ver á los naturales que podía ser útil: después de haber conseguido llevar á la orilla algunos objetos que habían quedado entre los restos de su barco, tales como un arcabúz y muchos barriles de pólvora, dejó admirados á los salvajes con los efectos que les hizo presenciar: éstos le dieron el nombre de Caramuru, es decir, hombre del fuego, y lo eligieron por jefe contra sus enemigos, á quienes puso en fuga. De este modo se encontró soberano en el país en que hacia poco era prisionero, y los principales indígenas le presentaron á porfia sus hijas para esposas. Al cabo de algunos años, habiendo abordado á estos parajes un buque francés, se embarcó en él con aquella de sus mujeres que más prefería, al paso que las otras siguieron al buque á nado mientras pudieron sostenerlas sus fuerzas.

Informó á los portugueses de la riqueza del país y de los medios que era preciso emplear para sacar partido, pero no le dieron oídos. La Francia, que lo había acogido con benevolencia, le permitió volver con dos buques, que devolvió cargados de productos del país. Los franceses recordaron esto más tarde, y pensaron en formar allí algunos establecimientos; pero habiendo concebido recelos Juan III, mandó colonizarlo sobre un pie más sólido, revocando los poderes dados á los feudatarios y mandando un gobernador general. El primero fué Tomás de Souza, célebre ya por sus expediciones precedentes, que dió un centro á la América portuguesa, fundando á San Salvador. Se valió de la cooperación de Caramuru, que no contribuyó poco, con su mujer Paraguasu, á domesticar las tribus independientes de los tupinambas. Establecióse así un gobierno más regular, y á la vez más capaz de defenderse contra los salvajes. Se enviaban con frecuencia á la colonia los huérfanos y las huérfanas, fundando también la ciudad de San Sebastian en una de las posiciones más hermosas del mundo. Sin embargo, todos estos establecimientos estaban situados en la costa, y el interior del país quedaba enteramente desconocido.

El objeto más importante hubiera sido domar el carácter feroz de los naturales y mejorar las costumbres de los colonos, lo cual procuró hacer Souza, llevando consigo seis jesuitas, que fueron los primeros que desembarcaron en América. Se aplicaron á aprender las lenguas que hablaban los salvajes; muchos fueron asesinados como portugueses, pero otros los reemplazaron intrépidamente, y predicando la paz en lugar del esterminio, llegaron á conciliarse los corazones. La abnegación con que se ofrecían ellos mismos para saciar sus feroces apetitos hizo renunciar á los naturales á comer carne humana, y supieron captarse su afecto y hacerse necesarios. Era una fiesta para la

tribu cuando iban á visitarla, y salían á recibirlos al ruido de sus instrumentos, con bailes, cánticos y aclamaciones. Elégian auxiliares entre los más inteligentes, esparciendo así una idea favorable de los portugueses entre los indígenas que se acercaban á ellos por curiosidad, y les tomaban cariño poco á poco. Se presentó un día Nuñez en el momento en que se preparaban los naturales para comerse un prisionero, y azotándose hasta derramar sangre, les dijo que obraba así para apartar el castigo que el cielo destinaba á su impiedad: conmovidos con estas palabras, le prometieron perder esta costumbre. Si los jesuitas no podían obtener más, hacían lo posible para visitar á los desgraciados condenados al suplicio, con el fin de convertirlos y bautizarlos, aun cuando los salvajes pretendiesen que este sacramento hacia menos sabrosa la carne, y que imputasen á los misioneros las epidemias y otros males accidentales. Contrariaban sus esfuerzos con frecuencia los sacerdotes, las otras órdenes opuestas á este instituto, nacido apenas, cuando ya fué gigante, y hasta los mismos gobernadores, teniendo que sufrir los tormentos de los bárbaros al mismo tiempo que las tergiversaciones de las gentes civilizadas. Nobrega, jefe de la misión y apóstol del Brasil, no cesaba de educar niños y huérfanos. Anchieta, jóven todavía, sintiendo su castidad en peligro en medio de tantas desnudeces lascivas, no halló cosa mejor para conservarla que hacer un voto á Maria de componer un poema en su honor, y para suplir á la falta de tinta y de papel, trazó sus versos en la arena, y en seguida los aprendió de memoria (6). Vasconcellos que nos ha transmitido su vida, nos pinta estos misioneros llevando por todo vestido una túnica de algodón con sandalias hechas de toscas cuerdas de cardo silvestre. Una estera de paja cerraba su puerta; las hojas del bananero servían de mantel y de platos á su frugal comida, cuyos simples manjares eran las ofrendas que les hacían los indios. Anchieta instruía sus hijos, y como no tenía libros pasaba la noche escribiendo muchos ejemplares de la lección del día siguiente, y componiendo canciones que muy pronto se hicieron populares.

Habiéndose internado él y Nobrega hácia el interior, encontraron, después de haber atravesado una elevada serie de montañas, una deliciosa llanura, donde después de dar gracias á Dios, establecieron allí el centro de sus trabajos. Las cabañas que construyeron sobre una colina á lo largo

(6) Este poema se compone de cinco mil versos latinos. Hé aquí un fragmento:

*En tibi que vovi, mater sanctissima, quondam  
Carmine cum saevo cingeret hoste latus  
Dum mea Tamuyas presentia suscitavit hostes  
Tractoque tranquillum pacis inermis opus  
Hic tua materno me gratia fecit amore,  
Te, corpus tutum mensque, regente fuit, etc.*

del Piratiniga, formaron luego la ciudad de San Pablo, sitio de las célebres colonias de paulistas. Anchieta, que componía dramas en lengua mixta, quedó sólo en rehenes en manos de los naturales para salvar la colonia. Azpilcueta escribió un catecismo en su lengua.

Los jesuitas sugirieron dos edictos á Mem de Sá, tercer gobernador del Brasil: el primero para prohibir á los salvajes hacerse la guerra entre sí y comerse los hombres; y el segundo para mandarles que se reuniesen en habitaciones fijas, y que tuviesen iglesias. Una política inhumana calificó de imprudente la determinación de impedirles esterminarse entre sí y aglomerarlos en sitios donde podían aprender á conocer sus fuerzas. Mem de Sá mantuvo sin embargo la libertad personal de los brasileños y conservó la paz por la fuerza, castigando á cualquiera que la violase. No obstante, varias tribus, y aun una parte de los tupinambas, se habían retirado á los bosques del Amazonas, indóciles á toda educación. Primero sus escursiones y después los destrozos de la viruela y del hambre, causaron los mayores males á la colonia, y destruyeron muchas parroquias de los jesuitas. Los habitantes de las ciudades se aprovecharon de esto para vender muy caras sus mercancías, para adquirir esclavos, y sobre todo para hacerlos trabajar en las plantaciones de las cañas de azúcar; se declaró lícito venderse á sí mismo ó á sus hijos, para procurarse medios de subsistencia (7).

Los portugueses descuidaron el Brasil, por ocuparse de las riquezas de que se apoderaban con facilidad en el Asia, y aun cuando se empezó á decir que se encontraban allí diamantes, no se conocía aun su precio. Todavía iban las cosas peor cuando Portugal se encontró sometido á España, y lo mismo sus quince colonias. El número de calvinistas ó hugonotes, como se les llamaba, aumentaba en Francia de día en día, y no siendo compatible su existencia con la unidad que se pretendía obtener en este reino, les aconsejó el almirante Coligny, que era uno de los principales entre ellos, que buscasen un refugio, en América. Nicolás Durand de Villegagnon, antiguo caballero de la orden de Malta, que había abrazado la religión reformada, se embarcó con autorización de Enrique II y llegó á Rio-Janeiro, ciudad del Brasil, en ocasión que le favorecían mucho las circunstancias. Los naturales aborrecían á los portugueses porque veían que sus ciudades y establecimientos tenían por objeto mantenerlos en una perpétua servidumbre. Amaban por el contrario, á los normandos que venían á estos sitios á cargar palo de tinte y se marchaban después de haber pagado, y aun algunos de ellos,

acogidos entre los indígenas, habían adoptado la vida salvaje y servían de intérpretes. Su ayuda favoreció los proyectos de Villegagnon, y los calvinistas acudieron en tropel á su lado como á un asilo que les deparaba la Providencia. Pero cuando Villegagnon se vió precisado por la falta de provisiones á alimentarlos con demasiada parsimonia, y quiso forzarlos á trabajar, se pusieron á murmurar y los echó: dícese también que hizo traición á sus correligionarios, y que volvió á Francia, donde fué odiado como un apóstata (8). El carácter religioso dado á aquella empresa causó su ruina, porque los franceses no la consideraron como una obra nacional, sino como la de un partido: resultó de esto que no trataron de evitar su mal éxito, y que hasta apenas sintieron la pérdida de un establecimiento que hubiera sido de tan gran importancia.

Volvieron después, y bien acogidos por los sal-

(8) «Algunos de los nuestros decían que el cardenal de Lorena, y otros que le habían escrito de Francia por un barco que había llegado por aquel tiempo al cabo Frio, le habían hecho un gran cargo por haber abandonado la religión romana, y que el temor le había hecho cambiar de opinión. Pero, sea como fuere, puedo asegurar que después de su cambio, como si su verdugo hubiera sido su conciencia, se volvió tan triste, que, jurando á cada momento por el cuerpo de san Jacobo, su ordinario juramento, que rompería la cabeza, los brazos y las piernas al primero que le enojase, nadie se atrevía á presentarse á él.»

Lery, que ha escrito la *Historia de un viaje hecho á la tierra del Brasil*, llamada de otra manera América, en el sencillo estilo de los primeros cronistas, se espresa de esta manera: «Y porque fueron los primeros salvajes que yo ví de cerca, dejó á pensar si los miré y contemplé atentamente. Primero, tanto los hombres como las mujeres, estaban tan enteramente en cueros como cuando salieron del vientre de su madre; además, para estar más feos, estaban pintados y ennegrecido todo el cuerpo. Por otra parte, sólo los hombres estaban rapados de la forma y del modo que están los curas, casi toda la cabeza, y tenían por detrás los cabellos largos; pero, así como los que llevan peluca, levantados en rededor del cuello. Teniendo todos además el labio agujereado, cada uno llevaba en él una piedra verde y pulimentada, muy bien aplicada y como engastada, la cual siendo del ancho y largo de un teston, se la quitaban y ponían cuando les parecía. Con respecto á la mujer, además de que no tenía el labio horadado aun, como las de por acá, llevaba los cabellos largos; pero, con respecto á las orejas, las tenían tan despiadadamente agujereadas, que se hubiera podido meter el dedo á través del agujero; llevaban grandes pendientes de huesos blancos, los cuales les caían casi sobre los hombros; y como no tienen entre ellos ninguna clase de moneda, el pago que les hicimos fué en camisas, cuchillos, redes para pescar, espejos y mercería. Pero en fin, así como aquellas buenas gentes á su llegada no habían tenido inconveniente en mostrarnos todo lo que llevaban, cuando se marchaban y se habían puesto las camisas que les habíamos dado, y se sentaron en la lancha, no teniendo costumbre de tener puesto ninguna clase de traje; y con objeto de no gastarlo, se lo enrollaban en el ombligo, y descubrían lo que debían ocultar.»

(7) Pedro Moreau en la *Historia de la última revolución del Brasil*, cuenta cosas horribles de la actual depravación de aquel país. No sólo se venden los negros, sino también los mozos, mujeres, y hasta los hijos que se han tenido de ellas. Desde Pedro II esto ha mejorado mucho.



vajes en el Maraón, fundaron el fuerte de San Luis: así fué que los religiosos franciscanos pudieron dar á Paris el espectáculo de varios de aquellos salvajes convertidos á la fe y bautizados por ellos. Pero en la guerra que resultó, el fuerte se rindió á discreción, sin que Francia se ocupase ya de un país, cuyo valor sin embargo conocía.

Habiéndose declarado independientes en aquella época los holandeses de España, le hicieron la guerra, así como al Portugal, que obedecía á los españoles, y atacaron el Brasil. Prolongóse una terrible lucha, durante la cual la suerte de aquel país quedó sometida á las vicisitudes de la política europea. Los holandeses adoptaron allí dos medidas muy oportunas, dando libertad á gran número de esclavos y uniéndose con los indios medio civilizados, que fueron para ellos poderosos auxiliares. Pernambuco adquirió importancia, multiplicáronse las fortalezas, y el Brasil fué más conocido en Europa.

Cuando Portugal recobró su independencia, un comun odio contra España hubiera podido unirlo á la Holanda, si la religion no los hubiese dividido. Fernando Vieira, hombre de color, emprendió el despertar la nacionalidad brasileña. Sostenido por su propio heroísmo, por el del indio Cameran y el del negro Enrique Diaz, hizo felizmente la guerra á los holandeses, sin ser apoyado por el gobierno portugués, que fingía desaprobarlo. En efecto, Juan IV, deseoso de conservar la corona de Portugal que habia conquistado, trataba de impedir que la Holanda se uniese á España; pero como se encontró en mejor posición para obrar, se declaró por los insurrectos. Vieira, que ya habia merecido el título de libertador del Brasil, obtuvo el honor del triunfo, y recompensado por el rey, fué además proclamado por Inocencio XI el restaurador de la Iglesia.

Sin embargo, en el espacio de un siglo, en que tantos males habian caído sobre el Brasil, la prosperidad de aquel país se habia aumentado considerablemente. El azúcar prosperaba, los rebaños de bueyes y carneros se habian multiplicado inmensamente, así como tambien los caballos y las gallinas. El cacao, el té, el café, el tabaco, el cáñamo, las naranjas, los melones, las viñas le enriquecían con productos desusados, además de la sal de nitro, los cristales, la pedrería, el aceite de pescado y el ámbar que se sacaba. Pronto se introdujo allí el lujo en los trajes, hamacas, esclavos y banquetes. Fortificóse á San Salvador; aumentóse el número de los barcos y varias ciudades florecieron: el aire no era demasiado saludable, por lo cual las mujeres se acostumbraron á los baños fríos y á vestir ligeramente, y se previnieron algunas enfermedades indígenas con una vida conveniente. El descubrimiento del curso del río de las Amazonas, abundante en pescado y rodeado de numerosas poblaciones, fué de gran importancia; hermosas llanuras, selvas ricas proporcionaron los medios de construir barcos y procurarse

cordaje, y lo que aun era más precioso, se encontró de esta manera el medio de llegar hasta Quito. Entonces las colonias se extendieron tambien por el interior del país, á cuya exploracion habian contribuido tambien los paulistas y los vicentinos. Estos hombres han sido presentados mucho tiempo como un conjunto de pícaros y bandidos, que por su propia seguridad y en daño de los demás, habia fundado san Pablo, á la manera de los compañeros de Rómulo (9). Aquella colonia establecida desde un principio por los jesuitas, se vió pronto obligada á ejercer hostilidades contra los colonos de la llanura comarcana. Encontráronse, en fin, reunidos, portugueses de pura sangre con los indios y los mestizos. Ahora bien, estos últimos, á los que se les dió el nombre de *mamelucos*, eran gente indomable, que no pudiendo doblegarse á las exigencias de la sociedad, se entregaron á las incursiones aventureras, en busca de minas y esclavos; lo cual los puso con frecuencia en el caso de atacar las *reducciones* de los jesuitas en el Paraguay.

Cualquier jefe que tenia la costumbre del desierto, ó algun mancebo deseoso de señalarse, proponia la expedicion; y una vez hechos los convenios con los que querian seguirle, se ponian en camino después de haberse confesado y haber comulgado juntos. Les era preciso con el hacha en la mano abrirse paso á través de las selvas, donde á veces la caída de un solo árbol arrastraba á multitud de otros, sostenidos únicamente con enredaderas; franquear pantanos y rios para encontrar algun terreno, cuyo aspecto revelase la presencia del oro. La mayor parte de ellos perecian, otros quedaban dispersos aquí y allá, para ser el tronco de familias eremiticas. El que volvía flaco y estenuado, pero con un poco de oro, despertaba esperanzas frenéticas, y arrastraba tras sí á multitud de compañeros á nuevos peligros. Contraian en estas correrías un orgullo feroz que desdeñaba todo lazo social; á veces robaban poblaciones enteras de indios, para venderlos ó hacerlos trabajar. Estos hombres forman la parte poética y aventurera de la historia del Brasil; en ellos se confundieron las dos razas europea é indígena para hacer mucho tiempo la guerra á la civilización extranjera, y más tarde para regenerar la patria. Desarrollaron la industria conveniente á las nuevas colonias, y domaron la naturaleza salvaje con una firmeza que rayó en ferocidad. A estas *bandeirantes* es á las que se debe, entre tantos otros, el descubrimiento del inmenso país llamado *Matto-Grosso*, cuya riqueza no fué conocida sino en el siglo pasado. Se

(9) De esta manera los pintan los jesuitas del Paraguay, que siempre los trataron como enemigos, y cuyas acusaciones ha repetido Charlevoix. El fraile brasileño Gaspar de Madre de Dios ha emprendido su defensa en las *Memorias para a historia da capitania de San Vicente*, etcétera, Lisboa, 1797.

recogieron allí en un mes cuatrocientas arrobas de arenilla de oro, sin cavar en la tierra más de cuatro piés.

Tendremos al tratar de los negocios de Europa, que hablar de las vicisitudes sucesivas del Brasil; bastará señalar aquí el descubrimiento de las minas de diamantes. Ya en el distrito de las minas no se habia encontrado piedras preciosas de gran valor, principalmente crisoberiles de gran belleza; no se habia notado la presencia de los diamantes, porque mezclados á un terreno ferruginoso en la cima de los montes, desde donde las aguas los arrastran en el curso de los rios y de los arroyos, llegan barnizados de una clase de materia en la que tambien se encuentra oro. Se ofrecen, pues, en el Brasil á la superficie del terreno, al paso que en la India es preciso buscarlos á gran profundidad. Algunos mineros fijaron por acaso la atención en aquellos guijarros brillantes, y los llevaron al gobernador que, dicen, se sirvió de ellos como de tantos para jugar á los naipes: pero un joyero holandés, habiendo hecho conocer que realmente eran diamantes, el gobierno se reservó el monopolio, y le aseguró á una compañía. Se pretende que en los primeros veinte años sacó de aquella explotación mil onzas de diamantes. En 1772, el gobierno quiso emprenderla por su propia cuenta, pero la hizo tan desacertadamente que se endeudó.

En el día se dice que saca hasta veinte mil quilates de diamantes al año. Tres sentenciados á quienes hicieron cavar en el lecho del Abaeta, encontraron el diamante más grande que se conoce; pesa una onza; y en 1844 en Sincura, provincia de Bahía, se descubrió una inmensa mina, á la cual acudió enseguida gran copia de gente que en diez meses juntó cerca de cuarenta mil quilates de diamantes, valor de cuarenta y ocho millones de pesetas. Cuando un negro encuentra un diamante de diez y siete quilates y medio, se le adorna con guirnalda y recobra su libertad; obtiene tambien por los de menor peso una recompensa que llega á disminuirse hasta un polvo de tabaco. A mediados de 1846, en el distrito de los diamantes, halló un negro uno que pesa cerca de una onza, que vendió en ochocientos setenta y cinco pesetas, cuando vale millon y cuarto (10).

Pero los negros tienen una habilidad increíble para ocultar algunos á la penetrante vigilancia de sus amos. Los venden á una especie particular de contrabandistas (*garimpeiros*), cuyas aventuras son más novelescas aun que las de los contrabandistas comunes, estos revisores de los malos reglamentos de rentas.

(10) Véase la nota J al fin del tomo.